

IMAGEN GUÍA PARA LA ÉPOCA

Santa Isabel de Hungría

1- Hungría es un país muy lejano al nuestro, una tierra de suaves colinas verdes, frondosos bosques, castillos con cúpulas en punta, y bañado por las aguas del gran río Danubio.

La historia que les quiero contar, sucedió en aquel país, hace mucho tiempo. Tanto, que no era un país, sino un reino.

En el año 1207 (no habían nacido ni sus padres, ni sus abuelos, ni sus bisabuelos...¡ni siquiera sus tatarabuelos!) un anciano sabio contemplaba las estrellas. Ellas le hablaron, y le dijeron que nacería una niña con un alma tan pura como un cristal.

Esa misma noche, nació la hija del rey de Hungría y fue llamada Isabel.

Pronto, las familias del reino de Hungría y las del reino de Turingia (un reino vecino), comenzaron a hacerse amigas, y pensaron que Isabel podría casarse con Luis, el hijo del Duque de Turingia, cuando llegara el momento.

2 - La pequeña princesa Isabel, nació entre lujos y comodidades, tal como sucede en las familias reales. Nunca le faltó ni alimento, ni vestimenta, ni una cama caliente en donde dormir; al contrario: lo que ella deseaba, era cumplido al instante por sus sirvientes.

Sin embargo, la pequeña Isabel sentía un gran compromiso con aquellos que no tenían todo lo que ella sí. Cuando salía del palacio, y veía a las gentes pobres mendigando aunque sea un poco de pan, el corazón de Isabel se estremecía de dolor. Y es así que, ya desde pequeña, daba a esa gente todo cuanto tenía: alhajas, juguetes, comida, ¡incluso sus mismas ropas! Más de una vez, regresó al palacio vistiendo los sucios harapos de una niña mendiga, pues le había regalado sus ropas de fina seda y armiño.

3- Cuando Isabel cumplió 6 años, su padre el Rey pensó que, si su hija iba a casarse con Luis, el hijo del Duque de Turingia, debía conocer muy bien las costumbres de aquel reino. Así eran las costumbres de aquella época. Una mañana, llegó al reino de Hungría un emisario desde el reino de Turingia para llevarse consigo a Isabel. Luego de una

amorosa despedida, la princesa partió rumbo a Turingia a conocer sus costumbres y a su futuro esposo; y el rey de Hungría preparó un gran tesoro como regalo al reino vecino.

Ya en Turingia, Isabel siguió teniendo el mismo gran corazón de siempre, y las mismas costumbres de dar a los pobres todo aquello que era suyo. Y si bien esto en su hogar era bien visto por los suyos, allí en la corte de Turingia no agradaba: las personas de aquel reino parecían no apreciar su bondad: les parecía que dar comida y ropa a los pobres, era derrochar y gastar en vano. En ese clima hostil creció Isabel, pero había una brillante luz de esperanza: Luis, el hijo del duque, quien sería su marido llegado el momento, si apreciaba la bondad de su prometida; y la quería cada vez más.

Los días fueron pasando, Luis e Isabel fueron creciendo, y llegado el momento se enamoraron. Luis amaba la sencillez y la bondad de Isabel, y ella amaba la valentía y honestidad de Luis. Pronto fue evidente que el matrimonio se realizaría en efecto, y Luis dijo “estaría dispuesto a perder todo el oro del reino, antes que el amor de mi querida Isabel”.

El día de la boda, Isabel no quiso presentarse en la iglesia usando la corona de oro que le correspondía, por ser de la realeza. Decidió en cambio vestir ropas sencillas, aunque de una belleza sin igual.

4-Ella y Luis, fueron a vivir al castillo de Wartburg, construido en lo alto de una montaña, y sobre el precipicio. Juntos, tuvieron dos hijos. La gente del pueblo, en especial los pobres, aprendieron a amar a la ahora duquesa de Wartburg: dos veces por día bajaba la alta montaña para ver a las gentes, y dar aquello que necesitaban.

Isabel continuaba tomando los tesoros y los alimentos del palacio, y los repartía entre los pobres. Pero, además, atendía en sus propias camas a aquellos que no podían caminar: les hacía la cama, los cargaba en sus espaldas para trasladarlos, los ayudaba a lavarse. Una noche de pleno invierno, volvió al palacio sin su abrigado manto de armiño, pues se lo había dado a una niña mendiga que temblaba de frío en la calle. La corte se quejaba ante el duque Luis, pero este veía con buenos ojos las obras de su esposa, y decía : “ella sola con sus acciones está ganando el cielo para todos nosotros”

Otra vez, en uno de sus paseos por el pueblo, se encontró con un leproso a quien todos evitaban, por temor a contagiarse de su enfermedad. Isabel lo ayudó a levantarse, lo

cubrió con su manto, y lo llevó a lo alto de la montaña, al castillo. Lo recostó en su propia cama, y allí lo atendió y curó de sus heridas.

Las personas de corazón duro de aquella corte, sonrieron al pensar como se enojaría Luis al ver que Isabel había hecho entrar a un leproso a sus habitaciones; pero cuando el Conde regresó y se encontró con aquella escena, amó aún más a su esposa, capaz de albergar en su corazón una bondad infinita.

Isabel llegó a construir un Hospital a los pies del castillo de Wartburg, para curar a aquellos que no podían recorrer el largo camino hasta el palacio. Ella misma , con la ayuda de otras enfermeras, se encargaba de curar a los enfermos.

5 - La guerra había traído hambruna al pueblo, sobre todo a los más pobres; la corte de Wartburg comenzó a ver con ojos y corazón cada vez más duros los esfuerzos de Isabel por saciar el hambre de la gente pobre. Ella seguía sacando alimentos de los almacenes, y los llevaba para repartir entre los pobres; hasta que un edicto, determinó que estaba prohibido sacar alimentos de los almacenes del palacio, sin su previo consentimiento.

Isabel, sin embargo, salía por las noches, y sin que nadie la viera, llevando entre sus ropas hogazas de pan, quesos y algún cántaro de leche, para darle a los más necesitados. Una noche muy fría de invierno, salía Isabel con su delantal lleno de hogazas de pan, bien cubiertas. Luis al verla le pregunto:.

-¿Qué lleva entre sus ropas?

-solamente son rosas...- respondió Isabel. Y al mostrarle a Luis lo que llevaba, sucedió el milagro: quiso Dios que todos los panes se transformaran en delicadas rosas.

6- Pero se desató la Guerra, y Luis tuvo que marchar a la batalla.

Poco tiempo después, llegó la desdichada noticia: Su amado Luis, había muerto en la guerra. Lo único que logró que Isabel no muriera de tristeza, fue el nacimiento de su tercera hija: Gertrudis. Isabel, sin embargo, no quiso volver a casarse.

La hambruna siguió, e Isabel continuaba dando ayuda y comida a los pobres.

Finalmente, el nuevo duque de Wartburg decidió deshacerse de ella y sus hijos: los expulsó del palacio.

8 - Encontraron cobijo en la casa de unos parientes lejanos de Isabel que vivían en las cercanías. Allí, Isabel quiso seguir el ejemplo de otro Hombre santo y Virtuoso, llamado Francisco. Un hombre que, decían, sabía hablar con los animales, y consideraba que todos los hombres y las mujeres eran sus hermanos y hermanas por igual. Un hombre que se había determinado sembrar amor, allí donde hubiera odio.

Isabel comenzó a vestir la sencilla túnica gris de aquellos quienes seguían a Francisco, y ya nada del mundo material le importaba: solo el amor hacia sus hermanos y hermanas.

Continuó, sin embargo, atendiendo el hospital. Cierta vez, llegó un noble de Hungría, queriendo visitar los lugares importantes de aquel lugar. Cuando fue llevado al hospital, la encontró a Isabel hilando para confeccionar túnicas y ropas para los pobres. El noble la reconoció de inmediato como la hija del rey de Hungría, y exclamó:

-¡Válgame el cielo! ¿Quién ha visto jamás a una princesa hilando para los más pobres?

Y por más que el noble intentó convencerla de que volviera a Hungría a vivir entre el lujo y la comodidad, Isabel se negó; pues allí en Turingia estaban sus hijos, sus hermanos pobres, y la tumba de su esposo.

9 - Se dedicó hasta el final de sus días a los pobres y los enfermos, hilando mantos, curando sus heridas, alimentándolos. Trabajaba sin descanso para ellos, hasta incluso cuando ella misma se enfermaba y tenía que reposar, hilaba o cardaba lana recostada en su cama. Y siempre, lo hacía cantando dulcemente, y con una sonrisa en su rostro. Parecía que trabajar al servicio de otros, era un alimento para ella tan necesario como el pan o el agua.

Llegó sin embargo el momento en que Dios quiso tenerla a su lado en el cielo; a esta princesa que tanto había trabajado en la Tierra. Dicen los antiguos sabios que, la noche del día en que murió, una nueva estrella comenzó a brillar en el cielo nocturno.

Toda la gente la recordó con mucho amor, y es por esto que le dieron el nombre de Santa Isabel de Hungría.